



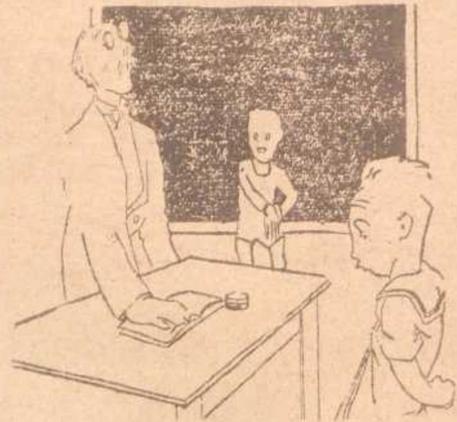
La página humorística



La editora.—No puedo admitir su poema, pero déjeme su domicilio.
El poeta.—Es que si no me admite usted el poema no tengo domicilio.



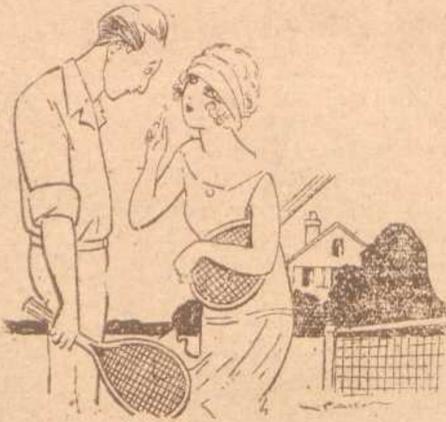
—¿Qué ladrón de panadero! ¿Pues no me ha dado una moneda falsa?
—¿Sí? Déjame la ver.
—¡Oh!... ¡Ya se la he dado al lechero!



—Vamos a ver, Juanito. Si se divide un trozo de carne en diez y seis partes, ¿cómo se llama cada una de éstas?
—Un dieciséisavo.
—¿Y si ésta se subdivide en cuatro?
—Picadillo.



—¿Por qué lloras, pequeño?
—Porque mamá me mandó a comprar azúcar y voy sin él.
—¿Pero no lo llevas ahí?
—Sí, pero... ¿no ve usted que me lo voy comiendo?



—Y mucho cuidado, Roberto, con besarme delante de mis padres!
—¿Pero si no la beso a usted, Adelita!
—¡Ya lo sé! Pero es por si se le ocurriera alguna vez darme un beso!



—Perdona, chico. No sé dónde tengo la cabeza.
—Lo que no sabes es dónde la tengo yo.



—¿Por qué escondes el paraguas debajo de la mesa? ¿Temes que te lo roben?
—No; temo que lo reconozca su dueño.



—¿Pero por qué no trabaja usted?
—Porque no tengo tiempo, señora; ¿no ve usted que me paso once horas pidiendo?



—¿Pero si es agua lo que me está usted echando!
—Es verdad, señora! Se me ha olvidado echar la leche.



—También tenemos bastones mucho más duros.
¿Quiere usted verlos?
—No, gracias; soy soltero.



—Si ahora cayera un buen chaparrón me quedaba el traje divinamente!



El doctor.—¿Pero por qué no me han llamado antes, señora?
La mujer del enfermo.—Es que no queríamos perder la última esperanza, doctor.